

CAPÍTULO XXVIII.

EN este instante entra en el salon una inmensa turba de hombres con armas, de guardias nacionales, de estudiantes y operarios, y se adelantan hasta en medio. Unos llevan banderas, otros vienen provistos de espadas, pistolas y fusiles, y otros, en fin, traen picas ó barretas.

La duquesa, cuyo primer pensamiento fué el de permanecer tranquila é inmóvil, fué tragada por aquella marea armada y arrastrada por los que la rodean; va á buscar en el punto mas elevado de la cámara un lugar donde no llegue la inundacion.

Esta multitud arroja los mas fuertes gritos de

¡Nada ya de regencia! ¡La prescripcion del rey! ¡La prescripcion!

Una voz se hace oír mas fuerte que sobresale entre todas y dice:

¡VIVA LA REPÚBLICA!!!

Se ignora quien ha arrojado aquel grito, soltado por primera vez dentro el recinto donde se encuentran reunidos

todavía los últimos restos de la monarquía y que va muy luego á hallar infinitos ecos.

A este grito la confusion y turbacion llegan á su último grado: una segunda tropa hostil está á las puertas; pero no encontrando lugar sube hasta las galerías.

Un hombre se inclina sobre el pasamano y apunta con su fusil á M. Sauzet el cual al verlo, desaparece bajo su mesa como si la tierra hubiera abiertose á sus piés.

Consignemos esta desaparicion: ella será probablemente el último acto político del honorable presidente.

Al estar en esto déjanse ver por la puerta de en medio otros hombres equipados como los primeros; lugar justamente donde se hallaba la duquesa de Orleans y que era su última retirada.

Una especie de lucha se traba entre los oficiales que rodean al duque de Nemours y á la duquesa y los invasores.

La madre del conde de Paris siente dos manos sobre su cuello.

El hombre que la ha tocado va ya arrastrado violentamente lejos de ella; pero al levantar las manos para quitar las del que la tocaba, habia soltado á sus dos hijos y el torrente que corre los arrastra lejos de su madre.

Entonces el grupo se separa en dos distintas fracciones, cada una de ellas baja por cada uno de los pasillos que conducen al salon grande que da á la plaza de Borbon.

La duquesa de Orleans no forma parte de ninguna de estas dos secciones sino que se ha quedado atras para buscar á sus hijos.

Una de las fracciones se compone de oficiales y de hombres del pueblo que rodean y arrastran á otro hombre alto, pálido y medio desnudo. Es el señor duque de Nemours que va cambiando sus pantalones é uniforme militar por unos pantalones negros y un paletó que le dan precipitadamente.

La otra fraccion es compuesta de una docena de guardias

nacionales en medio de los que sobresale un hombre de talla colosal y que lleva al conde de Paris en los brazos apretándolo contra su pecho; pero lo oprime de tal modo que es difícil conocer si lo salva ó lo ahoga.

El niño asustado no pronuncia mas que esta interrogacion:

—¿Qué es esto? señor, ¿qué es esto?

Detras del joven príncipe va su ayo Hubert que no lo ha abandonado y que suplica al guardia nacional que le devuelva el niño.

—Prometo salvar al príncipe, y lo salvaré, respondió el guardia.

Habiendo llegado á la puerta de salida, notan que está cerrada; corren á la ventana y la abren: esta ventana está á la altura de ocho á diez piés.

El guardia nacional sube á ella y se ofrece á saltar con el príncipe, pero el ayo le detiene, pide con instancia saltar él primero para volver á darle el niño cuando esté abajo.

—¿Me lo volvereis? pregunta el guardia.

—Bajo mi palabra.

Hubert salta, recibe al niño, el hombre salta tambien, el grupo hace otro tanto y se aleja corriendo por el jardin.

Entretanto, el duque de Nemours ha desaparecido.

En este momento llega la duquesa de Orleans. Está ya segura de la suerte del duque de Chartres. Un hugier lo ha encontrado al instante mismo en que se caia y lo ha llevado á su casa. Le aseguran tambien que el conde de Paris está en salvo y que puede verlo todavía por la ventana que ha quedado abierta.

Entonces consiente en retirarse á los salones de la presidencia en donde encuentra á M. Sauzet.

Sin embargo, es necesario huir. Piensan un instante en si tomarán uno de los coches que están parados delante de la cámara; pero estos coches están rodeados de una gran multitud de pueblo armado cuyas intenciones no se cono-

cen, y resuelven que es mejor huir por la plaza de Borbon y calle de la Universidad.

Entretanto los diputados han huido por su lado, la sala de sesiones está invadida por el pueblo, y tan solo cinco ó seis miembros de la pasada representacion nacional han quedado en ella.

Estos son M. Dupont (de l'Eure) á quien han hecho sentar en la silla presidencial, M. Lamartine, M. Ledrú-Rollin, M. Garnier Pagès, M. Marie, M. Cremieux y M. de La Rochejacquelein.

M. Lamartine está colocado por un singular capricho del destino entre un hombre del pueblo, que está á su izquierda, de una larga barba, de sombrero aboyado, de un sucio y mezquino vestido y que parece muestra de taller, y el autor de las *Meditaciones* que está á su derecha y se apoya en una grande espada con las dos manos; éste representaba al pueblo en su última espresion.

A la derecha del diputado de Macona está el conde Enrique de La Rochejacquelein; éste representa la nobleza histórica.

Esto es parecido en algo á una transfiguracion.

La sala presenta entonces un raro espectáculo que puede recordar uno de aquellos fatales dias de 1793.

Todas las espadas están desenvainadas, todos los fusiles preparados, todos los brazos y manos se agitan y todas las bocas hablan á un mismo tiempo.

Entre esta multitud, ademas de los diputados que están agrupados en la tribuna, se cuentan solo cinco ó seis hombres de levita ó chaqueta, ocho ó diez guardias nacionales y un oficial; todo el resto es puramente popular.

Entonces tratan de que se proclamen los nombres de los miembros del gobierno provisional. Dupont (de l'Eure, Arago y Lamartine pasan por unanimidad, y Ledrú-Rollin, que era el que leia, fué proclamado el cuarto.

Al oir los nombres de MM. Marie, Bethmont y Cremieux,

se empeñó una animada discusión; la voz de la multitud cubre la de M. Ledrú-Rollin y es obligado á escribir los nombres de Garnier Pagès, Cremieux, Bethmont y Marie.

Los dos primeros han sido proclamados por una inmensa mayoría.

Entonces una voz grita: *¡al Hotel-de-Ville!*

En efecto, el gobierno provisional está ya nombrado por el pueblo y no resta mas que conducirlo al palacio de este mismo pueblo.

Lamartine baja el primero. Lo acompañan no mas cuatro ó cinco personas, que son: MM: Laverdan, Cantugrets de la *democracia pacífica*, La Rochejacquelein y el oficial de que hemos hablado.

Habiendo llegado á la sala de los Pasos Perdidos se detiene y espera á sus colegas cosa de cinco minutos.

Al fin aparecen. M. Dupont (de l'Eure) sostenido por dos personas y tras de él Ledrú-Rollin y Cremieux.

M. Garnier Pagès se ha ido ya para el Hotel-de-Ville.

Traen un cobriolé y hacen subir á él á M. Dupont (de l'Eure), pues anda con trabajo. Dos hombres del pueblo armados de fusiles suben con él, otros dos suben al pescante y unos cinco se ponen á la zaga llevando una bandera roja en la mano.

Los otros miembros marchan sin sombrero, á pié y casi sin escolta.

Se cuenta que al pasar por el muelle, delante de la caserna de Orsay, se oyeron tras de las rejas algunos sonidos mal articulados que se parecían mucho á unas amenazas.

Lamartine hizo abrirla, entró hasta el patio, pidió una botella y un vaso, llenó éste, remojó en él sus labios, y levantándolo despues mas alto que su cabeza, exclamó:

—Amigos, he aquí el banquete que os habíamos prometido.

Y despues de esto, el acompañamiento siguió su camino hácia el Hotel-de-Ville.

El Hotel-de-Ville ya habia sido invadido con mucho antes, y el pueblo armado lo custodiaba. Tres piezas de artillería estaban en batería en la plaza.

El Hotel-de-Ville es las Tullerías del pueblo.

El consejo municipal delibera en medio del pueblo en una gran sala de cielo de encina esculpido, del que penden tres arañas de oro y que está rodeada de tres hileras de mesas con sus sillones forrados en terciopelo azul.

Se sabe ya todo lo que ha pasado.

La regencia de la duquesa de Orleans.

La prescripción del rey.

Se ignora todavía la proclamación de la república y la formación del gobierno provisional,

Se ha elegido tan solo á M. Garnier Pagès maire de Pons y MM. Recurt y Guinard sus agregados.

M. Garnier Pagès dice que quiere retirarse lejos del tumulto para tomar, con calma, las medidas que la situación exige.

MM. Recurt y Guinard lo acompañan.

Se ha dejado la sala en poder del pueblo que todavía no sabe lo que pasa.

Tan solo sí en medio de la muchedumbre hay un hombre que lleva una pica y clavado en su fierro un rotulon, que dice:

¡VIVA LA REPÚBLICA!!!

Hacia media hora que M. Garnier Pagès habia dejado la sala, cuando una voz gritó:

—¡Lugar! ¡lugar! ¡lugar! á M. Ledrú-Rollin que viene de la cámara de diputados:

En efecto, M. Ledrú-Rollin entró. Se conoce fácilmente que trae noticias de importancia, y hacen que suba encima de una mesa para que todos puedan verle y oírle:

—Pueblo, dijo, mira lo que acabas de hacer, voy á contártelo. Has entrado armado á la cámara de diputados; has

arrojado de ella á los diputados que querian nombrar una regencia; te has apoderado de la tribuna y has dicho: "No hay aquí mas señor que yo." y entonces has nombrado un gobierno provisional. He aquí los nombres de los miembros que lo componen:

Dupont (de l'Eure), Lamartine, Arago, Ledrú-Rollin y Cremieux.

Y á cada nombre los aplausos interrumpian al orador.

Los nombres que el asentimiento popular ha consagrado en la cámara, son consagrados por segunda vez en el Hotel-de-Ville.

Bien pronto se oyeron gritos en la plaza que anunciaban la llegada de los otros miembros del gobierno provisional. Suben estos la escalera, entran directamente en la cámara que se les ha destinado y comienzan una sesion que durará sesenta horas.

Mientras esto sucede un hombre entra en el salon y se hace lugar por en medio de la masa que lo oprime, sube en un sillón y dice:

—Yo soy el ciudadano Lagrange, de Lyon, los combatientes unidos al diario la "Reforma" han nombrado una junta provisoria que va á venir aquí. Yo ruego, pues, á todos los presentes el que nos dejen esta sala para que la junta pueda deliberar con tranquilidad.

La sala fué evacuada y se pusieron dos guardias nacionales á la puerta para guardarla.

Algunos minutos despues M. Luis Blanc, Fernando Flocon y Albert llegan pero la sala les parece muy pequeña y piden otra.

Se les indica la sala inmediata del consejo: las tres arañas de oro están encendidas y arrojan su claridad sobre el horno popular.

Cada uno de los oradores va arengando por su turno á los asistentes, mas el discurso del último es interrumpido por

la proclama de los diferentes miembros del gobierno provisional á los diversos ministerios á que son llamados.

Dupont (de l'Eure) es presidente del consejo; Lamartine de negocios extranjeros; Ledrú-Rollin del interior; Cremieux de justicia; Arago de marina; Carnot de instruccion pública y Marie de trabajos públicos.

La lista se publicará mañana en el "Monitor."

El pueblo sabe ya el nombre de los ministros, pero no se contenta con esto, quiere verlos: habiendo sido engañado con tanta frecuencia, teme que se le engañe otra vez aun.

Una diputacion va á llamar á la puerta de la Cámara donde se halla el gobierno provisional y comunica el deseo que tiene á los representantes del pueblo; Lamartine se separa de la mesa en que habian establecido ya la sesion y se adelanta entre un hombre del pueblo y un guardia nacional.

Es siempre el mismo hombre de la orgullosa serenidad, de la sonrisa sardónica: jamas, en medio de las pasiones que van á rugir á su derredor, se le verá palidecer de temor ó enrojecer de cólera. Lamartine no es un hombre, es la estátua viva de la humanidad. Comienza entonces una de esas magníficas improvisaciones que el gran poeta sabe hacer: entonces destila su boca la persuacion en cadenas de oro: y entónces se calman tambien todos los rugidos y todos los clamores que hacen del pueblo un nuevo oceano.

—Amigos, dice al fin el poeta ¡victoria! victoria! habeis coequistado definitivamente en tres horas todos los derechos del ciudadano y hombre libre, y si un poder ciego é impío quisiere aprovecharse aun de las sombras de la noche para arrebatároslos, sabreis defenderlos. ¡Mártires y combatientes de este gran dia! recibid los votos de gracias que os hago en nombre de la patria, en nombre, sí, de todo el mundo.

Entonces un hombre del pueblo levanta la voz:

—Y vosotros, dijo ¡qué decis? cuales son vuestras intenciones, vuestros pensamientos? pues hasta ahora no habeis hablado mas que de nosotros.

